

Teoría de Marx, crisis y superación del capitalismo (A propósito de la situación histórica de la crítica social radical)¹

Marx's theory, crisis and the overcoming of capitalism

Robert Kurz

Colectivo Exit! (Alemania)

Traducción del francés por Alberto Riesco

RESUMEN

En este artículo con formato de entrevista, el pensador alemán Robert Kurz se interroga acerca de la crisis del capitalismo, de sus características y condicionantes, pero también de sus posibles desbordamientos y de la dificultad del marxismo para formular una teoría de la crisis adecuada. A lo largo del artículo Kurz irá formulando algunas de las dificultades vinculadas a la reflexión e intervención política en un capitalismo en crisis, así como los posibles escenarios de salida (escenarios aún por definir a los que podemos aquí simplemente nombrar bajo la categoría genérica de "postcapitalismo").

¹ Entrevista facilitada para este monográfico por el colectivo *Exit!*, colectivo al cual perteneció R. Kurz hasta su fallecimiento en 2012. Agradecemos a R. Scholz y a C. P. Ortlieb, miembros de dicho colectivo, su amabilidad y el permiso para traducirla al español y publicarla en este monográfico. Esta entrevista, realizada en mayo de 2010 por Olivier Galtier, Wolfgang Kukulies y Luc Mercier, fue incluida, a modo de presentación, en el libro de Robert Kurz *Vies et mort de capitalisme*. Fécamp (Francia): Nouvelles Editions Lignes, 2011 (n. de los eds.).

PALABRAS CLAVE: Crisis del capitalismo, Postcapitalismo, Crítica al trabajo, Tercera revolución industrial, Relación valor-precio, Endeudamiento

ABSTRACT

In this article, with an interview format, the German thinker Robert Kurz reflects on the crisis of capitalism, its characteristics, conditionings, potential spillovers and the difficulties of Marxism to formulate a proper theory of the crisis. Throughout the article, Kurz will formulate some of the difficulties linked to the reflection and the political intervention in a capitalism in crisis, and also some of the potential exit scenarios (scenarios that still have to be defined and that we will refer here to with the generic category of “postcapitalism”).

KEY WORDS: Crisis of Capitalism; Postcapitalism; Critique of Labour; Third Industrial Revolution; Value-Price Relation; Indebtedness.

¿Qué es lo que distingue la crisis actual de las anteriores?

El capitalismo no constituye un eterno retorno cíclico de lo mismo, sino un proceso histórico dinámico. Cada una de las grandes crisis acaecidas en él tuvo lugar a un nivel de acumulación y de productividad superior a los previamente existentes. Esta es la razón por la que la pregunta acerca de si la crisis podrá o no ser dominada se formula cada vez de una forma nueva. Algunos de los mecanismos que sirvieron previamente ya no sirven. Las crisis del siglo XIX pudieron ser superadas porque el capitalismo no se había adueñado aún de toda la reproducción social. Todavía existía un espacio interno disponible para el desarrollo industrial. La crisis económica mundial de la década de 1930 supuso una ruptura estructural a un nivel de industrialización mucho más elevado. Dicha crisis pudo ser superada gracias a las nuevas industrias fordistas y a la regulación keynesiana (cuyo prototipo fueron las economías de guerra de la Segunda Guerra Mundial). Cuando en la década de 1970 la acumulación fordista alcanzó sus límites, el keynesianismo derivó en una política inflacionista basada en el crédito del Estado. La denominada "revolución neoliberal" se habría limitado a desplazar el problema del crédito estatal hacia los mercados financieros. Todo esto se produjo con el trasfondo de una nueva ruptura estructural en el desarrollo capitalista marcada por la tercera revolución industrial (la microelectrónica). A este nivel de productividad, cualitativamente

nuevo, se había vuelto imposible crear el espacio necesario para una acumulación real. Así, durante más de veinte años se ha desarrollado, sobre la base del endeudamiento y de burbujas financieras sin sustancia, una coyuntura global de déficit que no podía ser viable a largo plazo. Toda la etapa neoliberal de la desregulación se ha visto acompañada de una sucesión inédita de crisis financieras y de endeudamiento. Mientras que dichas crisis permanecieron acotadas a determinadas regiones del mundo o a sectores concretos de actividad fue posible ponerles freno gracias al flujo de liquidez emitido por los bancos centrales. Sin embargo, con este modo de proceder no hemos hecho sino crear las condiciones con las que culminar el proceso de crisis. Desde el otoño de 2008, la crisis generada por la tercera revolución industrial ha adquirido una dimensión global. El estallido de las burbujas financieras ha puesto en evidencia la ausencia de acumulación real. El nuevo keynesianismo de crisis no hace sino volver a desplazar el problema de los mercados financieros hacia el crédito del Estado, si bien a un nivel mucho mayor que en la década de 1970. Al igual que ocurría entonces, el Estado no está en condiciones de subvencionar de forma duradera la falta de acumulación real. La crisis crediticia del Estado reemplaza a la crisis financiera (siendo el caso de Grecia, simplemente, la parte visible del iceberg). El desplazamiento nuevamente del problema hacia el Estado (una solución claramente poco imaginativa) demuestra que no existe en la actualidad ningún nuevo mecanismo que permita resolver la crisis al nivel de productividad alcanzado.

En su opinión, el capitalismo estaría tocando a su fin. ¿Nos encontraríamos, por primera vez en la historia, ante la posibilidad de superar el capitalismo? ¿Era necesario que el capitalismo desarrollara sus contradicciones internas hasta este punto para que dicha superación fuera posible? ¿Habría sido imposible aspirar previamente a tal superación?

La dinámica ciega del capitalismo se despliega según sus propias leyes internas. Dicho proceso se vuelve "necesario" y determinado sólo cuando las categorías y criterios fundamentales de este modo de producción y de vida no son cuestionados en la práctica. Una intervención adecuada habría permitido detener la marcha del capitalismo en cada etapa de su evolución. La socialización de la producción habría podido entonces adoptar una forma sobre la cual nada podemos decir porque realmente nunca ha existido. No se trata aquí de una cuestión de necesidad objetiva, sino de conciencia crítica. Ni las revueltas del siglo XVIII y de comienzos del XIX, ni el antiguo movimiento obrero, ni los

nuevos movimientos sociales de las últimas décadas han sido capaces de generar tal conciencia. Al contrario, las formas capitalistas del trabajo abstracto, de la valorización del valor y del estatismo moderno están cada vez más interiorizadas. Son simplemente hechos. No era pues "necesario" que el capitalismo desarrollara sus contradicciones internas hasta el punto alcanzado en la actualidad y, sin embargo, lo ha hecho. Habida cuenta del nivel de contradicción que han alcanzado, debemos, en adelante, asumir la tarea de reformular la crítica de las formas capitalistas y de su abolición. Se trata, simplemente, de la situación histórica en la que nos encontramos y sería absurdo lamentarse por las batallas perdidas en el pasado. Si bien es cierto que el capitalismo se enfrenta objetivamente a límites históricos absolutos, no lo es menos que, sin una conciencia crítica suficiente, la emancipación puede también hoy fracasar. El resultado sería entonces no tanto el de una nueva primavera de la acumulación sino, tal y como ha señalado Marx, que sucumbamos todos a la barbarie.

Según la *crítica del valor* (la teoría de Marx), la relación entre valor y precio pasa por una infinidad de mediaciones. Se trata pues de un tipo de relación particularmente dúctil. ¿Cómo podemos entonces afirmar que el capital ha alcanzado su límite objetivo?

Las formas de mediación entre valor y precio no son infinitas. Constituyen una sucesión de escalones que podemos determinar a grandes rasgos y que se encuentra regulada por la competencia. Lo que, por el contrario, es casi infinito, es el número de transacciones individuales. Pero se trata de dos cuestiones diferentes. La multitud de transacciones empíricas a todos los niveles del capital-mercancía, del capital-dinero y del crédito (que la estadística burguesa no puede aferrar sino de manera insuficiente) hace que la situación de la valorización real no pueda ser determinada nunca con exactitud. Siempre existe una cierta tensión entre la teoría y la empiria. La teoría puede, sin embargo, poner en relación los fenómenos observables y el proceso interno de valorización. Porque, si bien la relación valor/precio es compleja, no es tampoco flexible hasta el infinito. El movimiento de la competencia en los miles de millones de transacciones individuales hace referencia a la masa de valor real global y ésta no puede ser determinada directamente de forma empírica. No obstante, según Marx, esta masa de valor real se encuentra vinculada a la sustancia de trabajo abstracto, es decir, a la masa de energía humana abstracta gastada en el espacio de funcionamiento del capital. Por otro lado, el capital no puede utilizar toda la fuerza de trabajo humana que desearía, sino que depende de cada nivel de

productividad, el cual, por su parte, se encuentra también él impuesto por la competencia. Las formas de mediación entre valor y precios no son pues ampliables al gusto de cada cual y su maleabilidad tiene como límite la cantidad real de sustancia social sobre la cual se erigen. Es cierto que, desde un punto de vista empírico, es siempre *ex post* que podemos observar si las relaciones sociales entre valor y precio se encuentran sustancialmente equilibradas o si bien no representan más que aire. Es eso lo que precisamente observamos en la crisis actual. Tenemos así la evidencia práctica de que el supuesto de una maleabilidad infinita de los precios respecto a la sustancia-valor constituye un enorme espejismo.

Usted lee la teoría marxiana de la crisis como una teoría del derrumbe, una teoría que se fundamenta en el supuesto de una subproducción de capital. Otros marxistas (Grossmann, Mattick) han procedido también de forma similar antes que usted, pero este tipo de lecturas de Marx han permanecido siempre como muy minoritarias. Los marxistas, con independencia de hecho de sus diferencias, siempre han leído y siguen leyendo la teoría de Marx como una teoría de la distribución desigual de la riqueza (distribución desigual que encontraría hoy su origen en la especulación, la desregulación, la búsqueda de mayores beneficios en los mercados financieros), rechazando la teoría del derrumbe. Ambos tipos de lecturas de Marx ¿se encontrarían legitimadas por el propio Marx? ¿Existen dos Marx?

El término de derrumbe es al mismo tiempo metafórico y sugerente. Ha sido utilizado, sin llegar a ser teorizado, por Edouard Bernstein con el objetivo de impugnar en bloque la teoría marxiana de la crisis en el contexto de la evolución capitalista de finales del siglo XIX. La expresión aparece en lo que se conoce como el "Fragmento sobre las máquinas" de los *Grundrisse* de Marx, que ni Bernstein ni sus adversarios conocían dado que se publicaron mucho más tarde. En el libro III de *El capital*, Marx habla, más concretamente, de un "límite interno del capital" que termina por convertirse en un límite absoluto. Las "teorías del derrumbe" minoritarias, previamente formuladas por Rosa Luxemburg y Henryk Grossmann, hablaban de una "realización insuficiente" de plusvalor (Luxemburg) o de una "sobrecumulación" de capital (Grossmann) que no puede ser ya reinvertido de forma suficiente. Paul Mattick tomó rápidamente distancia respecto a la teoría de un límite interno objetivo del capital, identificando el "derrumbe", al igual que los leninistas, con la acción política del proletariado. En el caso del propio Marx, podemos apreciar dos niveles de teoría

de la crisis que no se encuentran unificados. El primer nivel se refiere a las contradicciones de la circulación del capital, es decir, al progresivo distanciamiento entre los actos de compra y de venta, así como a la desproporción existente entre las ramas de producción implicadas. El segundo nivel, presente en los *Grundrisse* y en el libro III de *El capital*, se refiere, fundamentalmente, a la relación entre productividad y condiciones de valorización; en definitiva, a una producción insuficiente de plusvalor, subproducción debida al hecho de que una cantidad excesiva de fuerza de trabajo se ha vuelto superflua. En las teorías marxistas de la crisis únicamente las contradicciones de la circulación parecen desempeñar un papel relevante, pero dichas teorías no abordan en absoluto la cuestión de la falta de sustancia real del trabajo. No obstante, con la tercera revolución industrial, es este segundo nivel, más profundo, de la teoría marxiana de la crisis el que resulta fundamental. La desustancialización real del capital ha llegado a un punto en el que sólo es posible una pseudo-acumulación sin sustancia, vía burbujas financieras y crédito por parte del Estado, y es esta pseudo-acumulación la que se enfrenta hoy a importantes límites. Ya no es la distribución desigual de la "riqueza abstracta" (Marx) lo que se encuentra en juego, sino la liberación de la riqueza concreta del fetichismo del capital y de sus formas abstractas. Sin embargo, la mayoría de los marxistas contemporáneos se quedan incluso más cortos que las antiguas teorías de la crisis y no hacen sino adoptar el punto de vista clásico y pequeño burgués de una crítica del capital financiero. Ven el origen de la crisis no en una producción real insuficiente de plusvalor, sino en la avidez subjetiva de beneficios por parte de los especuladores. Ya no ponen en cuestión de forma radical el modo de producción capitalista y no aspiran sino a volver a la configuración fordista del trabajo abstracto. Esta opción no sólo es ilusoria, sino que es también reaccionaria y guarda similitudes estructurales con la ideología económica del antisemitismo.

5. Usted y Moishe Postone, cuyo *Tiempo, trabajo y dominación social* ha sido ya publicado en Francia², desarrollan dos críticas del valor que divergen en un punto fundamental. Para usted, con los incrementos de productividad el capital pierde su sustancia (el trabajo abstracto), siendo dicha pérdida total con la llegada de la tercera revolución industrial. Para Postone, por el contrario, los

² Existe edición en español del libro de Moishe Postone bajo el título de *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*, publicada por la editorial Marcial Pons en 2006 [N. de los Eds.].

incrementos en la productividad acrecientan el valor, pero sólo de forma provisional. Según Postone, desde el momento en que los incrementos de la productividad se generalizan el aumento del valor queda anulado, recuperando la unidad básica del trabajo abstracto (la hora de trabajo) su nivel inicial. Así pues, para usted el valor se derrumba; mientras que para Postone, el valor se incrementa constantemente para volver posteriormente a su punto de partida. Todo esto nos plantea una pregunta: ¿Quedaría así rota la plausibilidad de la crítica del valor? ¿O deberíamos ver en ello un aspecto por ahora irresoluble?

Lo que comparto con Postone es la crítica al concepto de trabajo vehiculado por el marxismo tradicional. La visión tradicional ha dado al concepto marxiano de trabajo abstracto –un concepto puramente negativo, crítico e histórico– una definición positivista, reinterpretándolo como condición eterna de la humanidad. Lo que echo en falta en la crítica del trabajo abstracto que hace Postone es una teoría de la crisis, a este respecto creo que Postone se mantiene en una posición tradicional. Una productividad incrementada significa que menos energía humana genera más productos materiales. Por este motivo, la productividad nunca incrementa el valor, sino que siempre lo disminuye, tal y como Marx lo demostró ya en el libro primero de *El capital*. Quienes pretenden lo contrario confunden el nivel social con el de la economía de la empresa, o confunden el capital total con el capital individual.

El capital individual incrementa su propia productividad, en primer lugar, de forma aislada, adquiriendo así una ventaja competitiva. Oferta la mercancía individual a un mejor precio, lo que le permite vender más mercancías y realizar para sí mismo una mayor proporción de la masa social de valor. Sin embargo, lo que en términos de la economía de empresa se muestra como un incremento del beneficio y, en definitiva, como un incremento de la "creación de valor", contribuye, a nivel social, a una disminución del valor y ello a expensas del resto de capitales individuales. Desde el momento en que la productividad incrementada se generaliza, el capital individual innovador pierde su ventaja. Pero no se trata de un retorno a un punto cero o a un punto de partida anterior³. Al contrario, la productividad incrementada se transforma en el nuevo estándar general. La hora de trabajo, como unidad básica del trabajo abstracto es siempre la misma; como tal, no puede tener niveles "diferentes". Sin embargo, el nuevo estándar de productividad impone que se requiera un menor número de estas

³ Kurz se refiere aquí al capítulo VIII de la obra de Moishe Postone, *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*, Marcial Pons, 2006 [N. de los autores de la entrevista].

horas de trabajo abstractas y siempre idénticas para una masa creciente de productos. Cuando, durante la crisis, el capital es devaluado o destruido, el estándar de productividad alcanzado sigue siendo el mismo en tanto en cuanto se encuentra inscrito dentro del agregado constituido por el conocimiento y el saber-hacer. Por decirlo de forma sencilla: el capitalismo no puede dar marcha atrás e ir del estándar de la microelectrónica al de la máquina de vapor. Un nuevo incremento del valor se vuelve cada vez más difícil desde el momento en que debe efectuarse a un nivel cada vez más elevado de productividad y, en ese sentido, a un nivel donde la sustancia de trabajo abstracto ha quedado disminuida.

En el pasado, esta disminución constante del valor era tan solo relativa. Obviamente, con un estándar de productividad siempre más elevado, el producto individual podía representar siempre menos trabajo abstracto y, por lo tanto, menos valor. Pero por medio de la reducción de precios correspondiente, un mayor número de antiguas mercancías de lujo se fueron incorporando cada vez más al consumo de masas, ampliándose así la producción y los mercados. De este modo, la disminución relativa de la sustancia social del valor por producto individual podía desembocar, a pesar de todo, en un incremento en términos absolutos de la masa global de valor: el incremento de la producción social movilizaba globalmente más trabajo abstracto que el que se volvía superfluo en la fabricación de productos individuales. El mecanismo que Marx denomina producción de "plusvalor relativo" estaría relacionado con todo esto. El mismo proceso que reduce constantemente la parte relativa a la fuerza de trabajo (la única capaz de producir valor) dentro del capital total, reduce también el valor de dicha fuerza de trabajo (mediante la reducción del valor de los bienes que sirven para su reproducción), incrementando así la parte relativa al plusvalor en la producción global de valor. Pero todo esto no es válido más que para cada fuerza de trabajo individual. Ahora bien, lo que resulta determinante para la cantidad social de valor y de plusvalor es la relación entre el incremento del plusvalor relativo por fuerza de trabajo individual y la cantidad global de fuerza de trabajo que, según el estándar de productividad existente, puede ser socialmente utilizada. En el "Fragmento sobre las máquinas", Marx insinúa que, lógicamente, el aumento de la productividad alcanzará un umbral en el que se volverá superfluo más trabajo del que puede ser movilizado por medio de la ampliación de los mercados y de la producción. A dicho nivel, incluso el incremento del plusvalor relativo por fuerza de trabajo individual resulta inútil, ya que la cantidad de fuerza de trabajo que puede ser utilizada globalmente se reduce drásticamente. Podemos demostrar que este fenómeno, que Marx había

anticipado en términos abstractos, se ha materializado en términos concretos e históricos con la tercera revolución industrial. De no haber sido así, el capital debería haber logrado movilizar sobre sus propias bases productivas suficiente trabajo abstracto e incrementar la producción real de valor, en lugar de tener que subvencionarla, como nunca antes habíamos visto, por medio del endeudamiento, las burbujas financieras y el crédito del Estado. Hoy asistimos a las sacudidas de la desvalorización a todos los niveles del capital. Sin embargo, hoy menos que nunca es posible un retorno a un hipotético punto de partida a partir del cual todo este circo pudiera volver a ponerse en marcha. Al contrario, la causa del desastre persiste, a saber: el nuevo estándar de productividad irreversible establecido por la tercera revolución industrial. Esta es la razón por la que no existe otra solución más que la creación, permanentemente renovada, por parte de los bancos y de los Estados de capital-dinero sin sustancia que se desmoronará a intervalos cada vez más frecuentes.

La crítica del valor se enfrenta constantemente a la siguiente objeción: si no existe clase como sujeto revolucionario, si no hay grupo social que porte en sí el cambio revolucionario y que esté pues llamado a hacer la revolución ¿cómo se adquiere la conciencia crítica? ¿Qué tipo de intereses pueden llevar a querer una sociedad plenamente humana y verdaderamente histórica?

La noción de sujeto es fundamentalmente paradójica, una noción fetiche. Por un lado, el sujeto es visto como una instancia del pensamiento y de la acción autónomos. Por otro lado, este mismo sujeto se vería condicionado, en términos puramente objetivos, precisamente en su supuesta condición de sujeto perteneciente a la clase revolucionaria. Resultaría así dotado "objetivamente" de una "misión histórica", sean o no conscientes de ello sus agentes empíricos. La supuesta autonomía del pensamiento y de la acción se desmiente a sí misma, sin embargo, cuando se encuentra fundamentada sobre una predeterminación inconsciente. Es como si la crítica radical no constituyera un esfuerzo libre, no determinado, de la conciencia, sino un mecanismo que obedecería a ciertas causalidades, como ocurre con la meteorología o con la digestión. El esfuerzo hecho por la conciencia no consistiría, en ese caso, sino en ejecutar conscientemente su propia causalidad. Pero en esto consiste, precisamente, la determinación fetichista del pensamiento y la acción en el espacio del capital. Cuando la emancipación vía sujeto interpuesto (consciente, ciertamente) se efectúa, no obstante, como un proceso natural o mecánico, dicha emancipación se convierte en lo contrario de sí misma. Podemos determinar objetivamente los

mecanismos ciegos del capital, pero no la liberación de esta falsa objetividad, una liberación que no puede ser en sí misma objetivada. La liberación constituye un acto histórico y no puede ser, por lo tanto, "derivada" teóricamente como ocurre con la caída tendencial de la tasa de ganancia.

El famoso "sujeto objetivo" del marxismo tradicional es únicamente una categoría del propio capital o una función del "sujeto automático" (Marx) del trabajo abstracto y del valor. No existe en el capitalismo ningún grupo social investido de ningún tipo de predestinación ontológica trascendente. Todos los grupos sociales se encuentran preconfigurados por el valor y, por lo tanto, constituidos de manera capitalista. Cuando hablamos de intereses es necesario diferenciar.... Por un lado, están los intereses fundamentales (materiales, sociales y culturales) de los seres humanos, que se corresponden a sus necesidades históricas. Pero, por otro lado, este contenido se encuentra ligado a la forma capitalista. De manera que el contenido real de las necesidades se vuelve secundario y solo es directamente percibido el interés constituido en términos capitalistas bajo la forma-dinero (salario y beneficio). Es fundamental que tratemos de hacer valer primero las verdaderas necesidades o los intereses fundamentales frente a la forma capitalista dominante. No obstante, cuando somos incapaces de ver la diferencia entre el contenido y la forma, dichos intereses terminan por volverse en contra de sus principales portadores. Estos harán entonces depender sus intereses, lo quieran o no, de que la valorización del capital funcione. Se transformarán así ellos mismos en un "sujeto objetivo" que somete su vida a las leyes del capital y para quien dicha sumisión es normal. Nosotros, por el contrario, debemos reivindicar como absolutamente innegociable el verdadero contenido de las necesidades. Solo entonces será posible llevar la tensión entre la forma capitalista y dicho contenido a una crítica que vaya más allá del capital. No se trata aquí de un acto de un "sujeto objetivo", sino de individuos que, precisamente, no quieren seguir actuando como tal sujeto. Un movimiento emancipador no tiene base ontológica preconsciente, sino que debe constituirse él mismo conscientemente y "sin red ni protección".

Tenemos casos de empresas, hospitales, escuelas que se encuentran en huelga. Luchan para defender los empleos, para impedir la degradación de las condiciones de trabajo, la reducción de los salarios... Nos encontramos también con casos en donde los trabajadores no luchan ya por sus empleos, sino que amenazan con "hacer saltar todo por los aires" si no obtienen indemnizaciones de despido dignas de ese nombre (esto ya ha ocurrido varias veces en Francia).

¿Qué debería decir o hacer al respecto alguien que se muestre de acuerdo con los planteamientos de la *crítica del valor*? ¿Qué actitud adoptar frente a los sindicatos?

La *crítica del valor* no está en contra de la lucha social inmanente al capitalismo. Estas luchas constituyen un punto de partida necesario. Todo depende de la dirección en la que se desarrollen. A este respecto son muy importantes los motivos de la acción. Los sindicatos se han acostumbrado a no apoyar sus reivindicaciones sobre las necesidades de sus miembros, sino a presentar dichas necesidades como una contribución a la mejora del funcionamiento del sistema. Así, se pretende que los salarios más elevados son necesarios para consolidar la coyuntura o que son posibles porque el capital está generando beneficios extraordinarios. No obstante, cuando se vuelve obvio que la valorización del capital se encuentra paralizada, este tipo de actitudes conducen a una renuncia voluntaria y a la coestión de la crisis en nombre del "interés superior" de la economía de empresa, de las leyes del mercado, de la Nación, etc. Esta falsa conciencia existe no sólo entre los funcionarios [sindicales], sino también entre lo que podríamos denominar las bases. Cuando los asalariados se identifican con sus funciones dentro del capitalismo y se contentan con hacer valer sus necesidades únicamente en nombre de dicha función se transforman en "máscaras" (Marx) de un componente concreto del capital: la fuerza de trabajo.⁴ Reconocen así que no tienen derecho a vivir sino a condición de poder producir plusvalor. De ello resulta una competencia sin piedad entre las distintas categorías de asalariados y una ideología socio-darwinista de la exclusión. Esto puede verse especialmente en la lucha por el mantenimiento del empleo, una lucha defensiva que no tiene ninguna perspectiva más allá de sí misma. En ella podemos ver incluso a asalariados de diferentes sedes de un mismo grupo empresarial rivalizar entre sí por sobrevivir. Esta es la razón por la que podemos contemplar con mayor simpatía, incluso ver como más realista, la amenaza de algunos asalariados franceses de hacer saltar por los aires su fábrica para imponer una indemnización de despido decente. Estas nuevas formas de lucha no son defensivas y afirmativas, pudiéndose ligar a otras reivindicaciones como, por ejemplo, mayores ingresos para los desempleados. Si estos movimientos logran conformar un nuevo movimiento social a gran escala capaz de esquivar sus límites prácticos, confluirán con las cuestiones planteadas por la "crítica

⁴ En el capitalismo, los seres humanos, ya se encuentren en posición de dominados o de dominantes, en puestos de ejecución o de dirección, son más a menudo accionados que actores. En esta sociedad, los seres humanos no son, para Marx, sino la personificación de "máscaras de personajes" de las categorías capitalistas.

categorial" del fin fetichista del capital y de sus formas sociales. Concretar esta perspectiva más amplia es tarea de nuestra elaboración teórica, una reflexión que no se desarrolla en un más allá abstracto, sino que se autopercebe como parte de la confrontación social.

Para los anti-industrialistas, emanciparse del capitalismo consiste en volver a una sociedad agraria (Kaczynski, *Encyclopédie des nuisances*, etc.). Para los partidarios del *decrecimiento* consistiría en salir del productivismo, si bien, en la medida en que no ven la conexión existente entre producción y valor, su crítica no va más allá de una moral de la frugalidad en tiempos de crisis. Para usted ¿en qué consistiría la sociedad postcapitalista?

Marx, en primer lugar, había señalado oportunamente que el anti-industrialismo abstracto constituye una posición reaccionaria en la medida en que tira por la borda el potencial ligado a la socialización y porque, al igual que los apologetas del capitalismo, no es capaz de imaginar otra estructura universal de reproducción social que no sea bajo las formas del capital. El anti-industrialismo saca la conclusión de que la autodeterminación del ser humano no es posible sino a condición de una "desocialización" en pequeñas redes basadas en una economía de subsistencia (*small is beautiful*). El retorno propuesto a la reproducción agraria no es más que la plasmación material de esta ideología. Una especie de *do it yourself* inmediato que se supone debería reemplazar una división diversificada y articulada de las funciones. Como fantasía económica nos encontramos ante un aspecto de lo que Adorno denominó la "falsa inmediatez". Si tales condiciones se hicieran realidad buena parte de la humanidad actual moriría de hambre. La tan en boga crítica al crecimiento –que aspira a una "producción mercantil simple" sin la presión por el crecimiento o a un sucedáneo de relaciones contractuales burguesas bajo forma de pequeñas estructuras cooperativas– no es mucho mejor, sino tan abstracta como las otras. Lo que, en el ámbito germanófono, se presenta bajo la etiqueta de "economía solidaria" no es más que un cajón de sastre de ideas pequeño burguesas que se han demostrado estériles desde hace mucho tiempo y que, bajo las nuevas condiciones de la crisis, no ofrecen ninguna perspectiva. Este tipo de ideas constituyen una simple huida. No quieren enfrentarse a la gestión de la crisis, sino cultivar su propio mundo supuestamente idílico "al lado" de la síntesis social real⁵ efectuada por el capital.

⁵ Sinónimo de socialización. Para Alfred Sohn-Rethel, que es quien inventó el término (cf. *La Pensée-marchandise*, Éditions du Croquant, 2010), la "síntesis social" en el capitalismo es efectuada por el intercambio mercantil. Para Kurz, no se

Desde un punto de vista práctico, este tipo de proyectos son absolutamente insignificantes. No son más que una ideología del "bienestar" de una izquierda desorientada que trata de encontrar una vía de escape suave al capitalismo de crisis y que corre el riesgo de convertirse ella misma en un recurso de gestión de la crisis.

En realidad, de lo que se trata es de liberar la reproducción socializada del fetiche-capital y de sus formas fundamentales. En el capitalismo las potencialidades de la socialización se encuentran determinadas de manera puramente negativa, como subsunción de los seres humanos a la valorización entendida como un fin en sí misma. La dimensión material de la producción industrial se encuentra también ella sometida a las constricciones impuestas por el "sujeto automático". Este es el motivo por el que el contenido material de la producción industrial no puede ser abolido de forma positiva, sino que debe ser superado al mismo tiempo que las formas fetichistas del capital. Todo esto no concierne únicamente a las relaciones sociales en la producción, sino también a la relación con la naturaleza. No se trata pues de asumir sin más la industria capitalista y el "productivismo" abstracto que se inscribe en ella. No obstante, un "anti-productivismo" igualmente abstracto o un retorno a una pobreza idílica en el seno de una economía de subsistencia o dentro del "cierre" social de "comunidades" encorsetadas no es una alternativa, sino únicamente el reverso de la misma moneda. La verdadera tarea a realizar consiste en transformar las condiciones de la producción material a escala del conjunto de la sociedad, haciendo de las necesidades y de la conservación de las condiciones naturales de vida una finalidad en sí misma. Esto significa que no podría seguir existiendo un desarrollo incontrolado basado en el criterio universalmente abstracto de la "racionalidad de la economía de empresa". Los diferentes aspectos de la reproducción social deben ser tomados en consideración en función del contenido de su propia lógica. De este modo, el sector sanitario o el educativo no podrían estar organizados con el mismo modelo empleado para la producción de taladros o de rodamientos.

En términos generales, como consecuencia del desarrollo y protagonismo científico, las infraestructuras sociales se han vuelto demasiado grandes para la forma-valor. La lógica del valor que transforma fuerzas productivas en fuerzas destructivas, al tiempo que procede (como consecuencia de la falta de

realizaría por medio del intercambio, sino mediante el valor mismo. Para Kurz, la determinación fundamental en el capitalismo será el valor [Nota de los autores de la entrevista].

"rentabilidad") a recortes evidentes en sectores vitales, debe ser también abolida en la industria. No se trata, por lo tanto, de suprimir toda posibilidad de desplazamiento o de volver a la época de los carros de burros, sino de pasar de esa forma destructora que es la circulación individual automovilizada a una red cualitativamente novedosa de medios de transporte públicos. Los "excrementos de la producción" (Marx) no deben seguir siendo vertidos a la naturaleza, sino que su reintegración en la reproducción por medio de un amplio circuito de reciclaje industrial debe ser tomada en consideración desde el principio. En cuanto a la "cultura de la combustión" capitalista debemos asumir que es insostenible. Es fundamental pensar en otro tipo de utilización de las energías fósiles. Finalmente, será necesario organizar de forma socialmente consciente todos los aspectos de la reproducción social que ni el valor ni el trabajo abstracto pueden apropiarse y que han sido disociados de la sociedad oficial para ser relegados a las mujeres (trabajo doméstico, cuidados y asistencia ofrecidos a personas dependientes o enfermas). Habrá que quitar a dichas actividades su asignación sexual. Semejante diversificación de la producción industrial y de los servicios en función únicamente de su contenido, es muy diferente del anti-industrialismo abstracto. Dicha diversificación requiere, por el contrario, de la abolición de la razón capitalista, de la síntesis social operada por el valor y del cálculo de ella resultante (que no es otro que el de la economía de empresa). Llevar a cabo todo esto, más que "modelos" pseudo-utópicos a la espera de su generalización, requiere de un proceso impulsado por un contra-movimiento social cuyo alcance sea el conjunto de la sociedad.

Es imposible imaginar una sociedad postcapitalista como un "modelo" positivo que se pudiera presentar como ya cerrado. Estaríamos ahí no ante una concretización, sino únicamente ante una miserable abstracción y, nuevamente, ante la anticipación de una falsa objetividad de la que sería necesario, precisamente, desprenderse. Por el contrario, lo que la teoría puede desarrollar como crítica del economicismo capitalista son los criterios de una socialización de otro tipo. Esto implica, en particular, una planificación consciente de los recursos que reemplace la dinámica ciega impuesta por las "leyes coercitivas de la competencia" (Marx). Sin embargo, incluso la izquierda pone mala cara hoy a la planificación porque su concepto de planificación no ha sido nunca capaz de ir más allá de la visión que tenía de ella el difunto socialismo burocrático de Estado. Éste no constituía una alternativa al capitalismo, sino que se trataba fundamentalmente de una "modernización de puesta al día" en la periferia del mercado mundial, utilizando para ello los mecanismos del capitalismo de Estado. La lógica del valor no fue allí jamás abolida, sino únicamente estatalizada. En

unas condiciones que eran las de un desarrollo aún incompleto del capital mundial, la conciencia crítica no iba más allá. No era una evolución necesaria, pero así fue de hecho. Para las regiones periféricas se trataba, únicamente, de poder participar plenamente en un mercado mundial contra el cual terminarían por estrellarse. Ésta es la razón por la que dicha formación social quedó prisionera de la aporía de una "planificación del valor"; un valor que es, por naturaleza, implanificable y que implica la competencia universal bajo el dictado del productivismo abstracto. Cuando, actualmente, la socialización negativa por medio del valor se enfrenta, a escala global, con sus límites históricos, de lo que se trata es de poner en marcha un nuevo paradigma de la planificación social: una planificación más allá del mercado y del Estado, más allá del valor y del dinero.

Tradicionalmente, la crítica del capitalismo se hizo en nombre del trabajo. No obstante, usted no opone el capital al trabajo. Considera, por el contrario, al capitalismo como una sociedad de trabajo. ¿Por qué rechaza usted el trabajo?

El concepto marxiano de trabajo abstracto, un concepto manifiestamente crítico y negativo, puede ser definido como sinónimo de la categoría moderna de "trabajo". En contextos premodernos esta abstracción universal o bien no existía, o bien era determinada negativamente de otra manera: en tanto que actividad de individuos dependientes y sometidos (esclavos). El "trabajo" no puede identificarse simplemente con la producción o con el "metabolismo entre el ser humano y la naturaleza" (Marx), por más que, a este respecto, la terminología de Marx resulte imprecisa. Por primera vez, el capitalismo ha generalizado la categoría negativa de "trabajo". Lo ha ideologizado positivamente, generando así una inflación del concepto de trabajo. En el centro de esta generalización y de esta falsa ontologización del trabajo, se encuentra la reducción históricamente novedosa del proceso de producción a un gasto de energía humana abstracta –de "cerebro, nervios, músculos" (Marx)– completamente indiferente respecto a su contenido. Socialmente, los productos no "valen" en tanto que bienes de uso, sino en tanto en cuanto representan trabajo abstracto pretérito. Su expresión general es el dinero. Es en este sentido que, para Marx, el trabajo abstracto (o la energía humana abstracta) constituye la "sustancia" del capital. El fin en sí mismo fetichista de la valorización, que consiste en hacer de un euro dos, se fundamenta en ese otro fin en sí mismo que es el incremento hasta el infinito del gasto de trabajo abstracto sin tomar en consideración las necesidades. Pero este imperativo absurdo se encuentra en directa contradicción con el incremento permanente de la productividad impuesto por la competencia. Criticar el

capitalismo desde el punto de vista del trabajo es una imposibilidad lógica, porque no se puede criticar al capital desde el punto de vista de su propia sustancia. Una crítica del capitalismo debe cuestionar esa misma sustancia y liberar pues a la humanidad de su sumisión a las constricciones impuestas por el trabajo abstracto. Sólo entonces podremos suprimir la indiferencia respecto al contenido de la reproducción y tomarnos en serio dicho contenido.

Cuando se aborda el capital en un sentido estrecho, como capital-dinero y capital físico ("capital constante" para Marx), aparecerá, evidentemente, una contradicción funcional entre capital y trabajo. Se trata de intereses capitalistas diferentes dentro de un mismo sistema de referencia. Pero cuando abordamos el capital en el sentido más amplio que le da Marx, entonces el trabajo no es más que otro de los componentes del capital. El capital-dinero y el capital físico representan el "trabajo muerto", y la fuerza de trabajo (el "capital variable" en Marx) representa, por su parte, el "trabajo vivo". Estamos, simplemente, ante "agregados" diferentes de trabajo abstracto y, por lo tanto, de capital. Desde esta perspectiva, la contradicción es una contradicción interna del capital global o del propio "sujeto automático" y no una contradicción capaz de llevarnos más allá del capitalismo. Situándose en una perspectiva de liberación del trabajo, en lugar de liberación respecto del trabajo abstracto, el viejo movimiento obrero se condenó a no ser más que un componente del capital y a no encontrar "reconocimiento" (escaso) sino como tal componente. En consecuencia, el socialismo de los países del Este o, dicho de otro modo, el capitalismo de Estado, no ha criticado ni suprimido el trabajo abstracto. Al contrario, la burocracia lo ha utilizado como una categoría fundamental para su tentativa (fallida) de llevar a cabo un cálculo tecnocrático. Hoy, con la tercera revolución industrial, el capitalismo ha vaciado en gran medida su propia sustancia-trabajo. En los balances de los grandes grupos industriales, la fuerza de trabajo como componente del capital no desempeña ya un papel determinante. No es únicamente la producción industrial la que se caracteriza hoy más por el uso de la ciencia y la técnica que por la actividad productora inmediata del ser humano. La dinámica ciega del capitalismo ha superado en la práctica la idea –siempre falsa desde un punto de vista teórico– de un socialismo basado en el cálculo del tiempo de trabajo, demostrando su carácter absurdo. Lo que debe ser planificado en una sociedad postcapitalista no es la cantidad de energía física humana, sino el *uso* de los recursos naturales, técnicos e intelectuales, que deben ser racionalizados y diversificados en función de la lógica de cada sector en la reproducción. En resumen, un *uso* en el sentido de una simple "administración de las cosas", como planteó Marx.

Robert Kurz es Filósofo e historiador, periodista y animador de las revistas alemanas *Krisis* (desde 1986) y *Exit!* (desde 2004), Robert Kurz (1943-2012) ha sido considerado como uno de los máximos exponentes de la renovación de la teoría crítica en Alemania y, más concretamente, de la denominada *crítica del valor* (*wertkritik*). En español pueden leerse *El colapso de la modernización* (2016), así como algunos de sus trabajos recogidos en *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades* (2009).